

PRECIO EN MADRID.

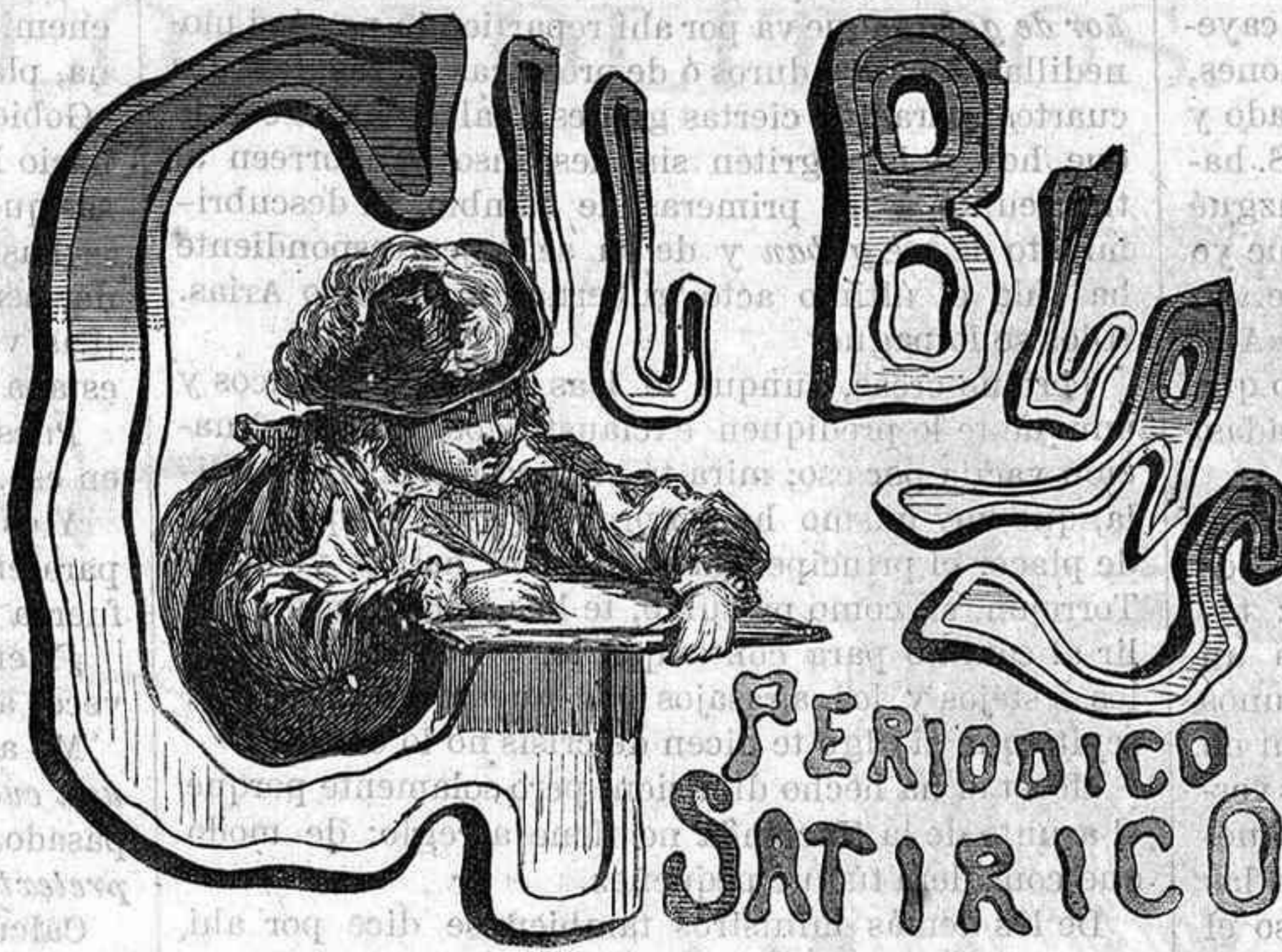
(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon.. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

De las puñadas, vilipendios y contusiones parlamentarias del viérnes que habla Sanchez Perez, es cosa suya: no las puñadas, vilipendios y contusiones, sino la tarea de hablar de ello.

Dejenme á mí con otros asuntos. Por ejemplo: la manifestacion católica en favor de Pio IX.

De la cual he sacado en limpio que en Madrid hay católicos suficientes para pagar con mucho gusto y fina voluntad el presupuesto del clero de la villa.

¿Qué debe hacer el gobierno? Poner en lista á los que adornaron sus casas; repartir entre ellos el pago de la contribucion para clérigos y templos, y dejarnos en paz á nosotros, que no pisamos iglesia y dejamos siempre sin estrenar el clérigo que nos cuesta el dinero.



¿Qué domingo el domingo último!

El obispo de la Habana pone como un trapo al rey de Italia; la procesion de la Minerva atropella á un transeunte que discretamente procuraba alejarse de aquel espectáculo y quiere obligarle á que lo presencie descubierto; la música contratada para asistir al tiberio religioso no tiene libertad para cumplir su compromiso; Moret presenta su dimision de ministro de Hacienda; se anuncia que á Tomás Price le han hecho caballero católico de Isabel I; se entierra á Carlos Rubio; se celebra concierto en palacio; reina el desconcierto en todas las calles de Madrid, prohibiéndose á los ciudadanos el ejercicio de sus derechos...

«¡Tanto se emprende en término de un día!»



Yo, cuando veía á los carlistas intolerantes victimas de la intolerancia, experimenté un placer tan culpable, que provocó en mí profundos remordimientos.

Me sonrió un momento la calma recordando que era día de Indulgencia plenaria en Madrid; pero al averiguar que para ganarla debía haber visitado una iglesia cuando menos, la opresion de mi pecho fué mayor que antes.

Y sin embargo, aun me decía á mí mismo: brutalidad es atropellar á los de los farolitos, pero es merecida.

Luego me acordé del día 2 de mayo, en que las turbas atropellaron á mis compañeros en el café internacional, sin que ningun hombre de orden se conmoviese, y esto me devolvió la libertad para entregarme á tutiplen á mis inhumanos goces.

A cada farol roto, á cada grito de muera, á cada brutalidad nacida de la hereditaria intolerancia española, experimentaba una nueva satisfaccion.

Pero ¡qué breves son los goces mundanos!

Desde el domingo último la monotonía ha vuelto á ser nuestro orden normal.

Desde el domingo no se oye más que una palabra: crisis, crisis, crisis....

Apartemos la mente de toda combinacion ministerial.

Si á lo ménos fuésemos banqueros, podriamos tener la esperanza de ganar una friolera con el nuevo empréstito que haga el nuevo ministro; pero ¡ni banqueros siquiera!

Bien dicen las viejas: ¡qué somos en este mundo!

Roberto Robert.

POR POCO...

En poco ha estado, ¿qué digo en poco? ni siquiera ha faltado el canto de un duro para que la mayoría protestara de las escenas ocurridas el domingo por la noche en las calles de la capital de la monarquía democrática con atributos esenciales, etc., etc.

Hay que hacer justicia á los de la mayoría. Ellos estaban dispuestos á protestar de aquellos excesos.

Aun hay más; ellos iban con el ánimo preconcebido de interpelar á las minorías acerca de tales ocurrencias.

Un diputado ministerial iba á preguntar á Figueras ó á Pi que por qué no se ponía coto á tales abusos.

Otro iba á declarar que aquellas escenas son indignas de la España regenerada.

Otro queria exigir á Castelar responsabilidad ante los tribunales por tales atropellos.

En fin, se preparaban unos discursos tan ardientes en pró de la justicia, de la libertad, de la democracia y del orden bien entendido, que todo el mundo esperaba que habian de dar golpe, como suele de cirse.

Pero, amigo, cuando ménos se piensa salta la liebre; oveja que bala, pierde bocado; y por no haber tenido presente aquello de «Anton Perulero, cada cual atienda á su juego,» la jagaron de puño las minorías, y todos los discursos que los ministeriales iban á pronunciar entusiasmados, los pronunciaron de pe á pa las minorías.

Así, claro está, ¿quién protesta de los sucesos, cuando las minorías dan el funesto ejemplo de defender el orden y los derechos del ciudadano?

Hubiéranse callado en buen hora, hubieran defendido la conducta de las autoridades, y entonces hubieran visto lo que era canela ministerial.

Ellos oian hablar á Cánovas, y allá en su interior todos creian que el hombre tenia razon; pero, señor, ¿quién vota junto á Cánovas? De haberlo hecho así, ¿qué hubieran dicho mañana ó esotro los profesores de la ciencia política en el extranjero?

¿Querian Vds. que Bismark y que Thiers se hubieran burlado de la ráfaga humanitaria de esos corazones ministeriales?

¡Ah! no señor; por encima de toda opinion, sobre todo sentimiento de virtud está la conveniencia de partido.

¡Toma! y gracias á que los jefes de las varias fracciones en que la mayoría se divide empezaron á explicar su conducta, que si no... buenas noches, cuarta.

Por eso se levantaron uno tras otro para declarar que ellos reprobaban los sucesos, pero que, como el Sr. Cánovas los habia convencido, creian que debian votar contra aquella reprobacion.

«¡Ah! si no hubiera hablado el Sr. Cánovas—decia

uno—cuán grande seria nuestra indignacion! ¡Oh! si el Sr. Cánovas se hubiera callado, ¡qué horror tan inmenso se apoderaria de nosotros!»

Algunos derramaban lágrimas de despecho al verse en el duro trance de no poder reprobar con el señor Cánovas los sucesos que interiormente reprobaban, y otros con el llanto en los ojos y el pañuelo en las manos, decian:

«¡Vea Vd! un hombre de bien colocado en el potro del suplicio; ¿y todo por qué? por haber madrugado ese pícaro Cánovas, ¡hablador sempiterno! ¡defensor de la justicia!»

Y se serenaban y decian: «¡Fulano, NO!»

En fin, que triunfó la razon, que se vencieron esos raquíticos impulsos del amor á la justicia, que la entereza derrotó á la debilidad y que la mayoría no rechazó lo que rechazó la minoría, sino otra cosa distinta.

De modo que hoy reina el orden, nos admiran los extraños países y se sabe que la mayoría está unida y compacta para apoyar al gobierno.

Nota bene.—Hay crisis.... ¡y gorda! CORZUELO.

DE PUERTAS AFUERA Y DE PUERTAS ADENTRO.

(Ecos de ambas Cámaras.)

El viérnes fué, bien lo recuerdo: llovía á cántaros, y numerosos grupos se obstinaban, á pesar de la lluvia, en rodear, á manera de cinturón viviente, el palacio del Congreso: palacio, ó si se quiere castillo famoso, que no sé si al rey moro alivió el miedo, pero del cual puede decirse que más para imponerlo que para aliviarlo estaba la susodicha tarde del viérnes.

Agentes de orden público en el exterior, jefes del ejército en el interior, polizontes en las puertas, militares en el salon de sesiones, y, como si dijéramos, hombres de armas por todas partes; habíase convertido el edificio en un verdadero cuerpo de guardia, y aun por eso los acontecimientos allí ocurridos más tuvieron de belicosa contienda que de discusion razonable, antes fueron batalla que sesion.

Y como D. Salustiano Olózaga, al decir de las gentes que le conocen, es poco amigo de ruidos, sobre todo cuando de esos ruidos puede resultar algun incidente desagradable, se apresuró á cubrirse, retirándose á sitio más cómodo y ménos expuesto: determinacion prudentísima, porque, ¿cuánto no hubieran padecido las instituciones, cuánto desprestigio no habria caido sobre el sistema parlamentario si la persona del presidente del Congreso hubiera sido victima de algun irreverente ataque?

Véase ahora—por lo que luego dicen muchos—véase si sirven de algo los años y la experiencia. Otro presidente ménos experimentado y ménos cauto, y, á más de incauto é inexperto, poco conocedor de lo que es una Asamblea deliberante, hubiese permanecido en su puesto, formando empeño verdadero en no separarse de él sin haber procurado calmar los ánimos; Olózaga prefirió que se aplacasen ellos solos: es cierto que el acto de cubrirse fué la señal de una verdadera lucha, que la presencia del presidente hubiese evitado sin duda; pero fué mucho mejor así, porque si es cierto que hubo mients como puños, lue-

go que los padres de la patria se hubieron cansado de decirse improperios y argumentar *ad hominem*, cayeron en la cuenta de que debían darse explicaciones, y se las dieron efectivamente, primero en privado y despues en público. «Yo creí, decía este, que S. S. había dicho...»—«Pues yo, respondía el otro, juzgué que S. S. había hecho...»—«Pues la verdad es que yo no hice...»—«Pues lo cierto es que yo no digo.»—«Ea, pues toque esos cinco y pelillos á la mar.»—«Allá van los diez.»—Y quedaron retiradas con esto lo que dieron en llamar bofetadas, si es que hubo bofetadas, que sí las hubo.

En verdad digo á Vd., que podía darse por bien empleado el desorden de la primera parte de la sesión por el espectáculo edificante de la segunda: todos llorábamos, hasta los maceros: aquello era un mar de lágrimas. «Basta, basta,» gritaban algunos cuando oían al Sr. Canga-Argüelles decir: «Aquí no hay ninguno que no sea recto, digno, noble;» «Es verdad» replicaba modestamente la concurrencia; y aquello se suspendió allí para continuar el domingo en las calles y concluir en el Senado y en el Congreso el lunes.

Desgraciadamente la sesión del lunes no tuvo, ni con mucho, tan satisfactorio término. El viernes faltó poco para que unos y otros se abrazasen; el lunes en un tris estuvo que no viniesen á las manos, ¡tan breves son ¡ay, Dios! los momentos de tranquilidad y bienandanza!

Admirable ejemplo de rectitud: el ministro de la Gobernación, el que *sin conocerla* anatematizaba á la *Commi-un*; el mismo que incluía en una misma censura á todos los republicanos franceses, procuró el lunes atenuar y casi disculpar los excesos del domingo.

Singular es seguramente que nuestras autoridades se hallen tan al corriente de lo que en París ocurría y nada supieran de lo que sucedía en Madrid: bien que hay en esto distintas opiniones: aseguran unos que lo ignoraban; afirman otros que lo sabían, pero que no pudieron evitarlo: lo primero es honroso en sumo grado para el gobierno; en cambio lo segundo es más honroso todavía.

¡Ay! no me cansaré de repetirlo: los resultados de esta sesión fueron bien tristes. La política es voraz, los políticos insaciables, como, al parecer, lo eran los dioses antiguos (y aun el moderno.) Creyeron los ministros que la oposición tendría bastante con una víctima y arrojaron á la arena la dimisión de Rojo Arias, además dijeron no sé qué de algunos inspectores; todo inútilmente; poco despues de terminada la discusión era ya segura la crisis.

Lo confieso, no me ha sorprendido.

Veán Vds. si presumiría yo algo de esto, veán ustedes si lo presentaría yo, que ni siquiera me hicieron reír las ocurrencias de Vicente Rodríguez cuando hablaba de la *Minerva* y de los *rádios de Madrid*: nada, que ni aun llegué á sonreirme; con que, digo, ¿estaría yo triste?

¡Oh!

Uno.

SIN NOVEDAD.

(Fragmentos de una epístola.)

... así pues, amigo querido, puedes tranquilizarte, porque nada desagradable me ocurre. Ni estoy herido, ni la cosa tuvo tampoco la importancia que, para combatir al gobierno, quieren darle sus adversarios. Turbas de alborotadores pasearon las calles de Madrid, es cierto; pero paseaban pacíficamente y sin meterse con nadie; cuando se paraban delante de alguna casa cuyos balcones aparecían adornados con colgaduras, cuadros ó iluminaciones, arrojaban piedras á los cristales, apagaban las iluminaciones y quemaban los cuadros, nada más. Ya ves tú que todo esto poco vale.

Yo no adorné mi casa ni interior ni exteriormente porque, como tú sabes, me importan muy poco las cosas del padre común, y como sobre no haber alumbrado mi casa, no salí de ella en toda la noche, nada me sucedió: comprendo, sin embargo, y lo agradezco, el interés que manifiestas, porque, según dices muy bien, acostumbrado como estoy á encontrarme todos los disgustos que por ahí se pierden, podría haber tropezado con alguna piedra que por equivocación me hubiese roto la cabeza.

Y has de saber que de todo esto tiene la culpa un señor de gaban, que va por ahí repartiendo no sé si monedillas de cinco duros ó de prosáicas piezas de á dos cuartos, para que ciertas gentes, mal avenidas con lo que hoy existe, griten sin descanso y aporreen al transeunte á las primeras de cambio. El descubrimiento de ese gaban y de su señor correspondiente ha sido el último acto gubernativo de Rojo Arias. ¡Dios se lo pague!

Pero no creas, aunque lo leas en los periódicos y aunque te lo prediquen exclaustros, que la situación vacila por eso; mira tú si la cosa estará tranquila, que hoy mismo ha emprendido un simple viaje de placer el príncipe Amadeo; tú lo habrás visto en Torrejón, si, como presumo, te has apresurado á salir al camino para contemplarle, y ya me referirás los festejos y los agasajos con que le han recibido; repito que si algo te dicen de crisis no lo creas.

Moret sí ha hecho dimisión, pero solamente porque el asunto de la Hacienda no tiene arreglo; de modo que considera tú qué pequeñez.

De los demás ministros también se dice por ahí, que están fatigados, pero el patriotismo se sobrepondrá al cansancio: porque si ellos dejan el poder, ¿quién les sustituirá? Esta es la única reflexión que los detiene; de otro modo hubieran dejado sus cartenas mucho tiempo há.

Pero como dice muy bien un diario del gobierno: «¿Quiénes son los hombres que hacen la oposición? *El país no los conoce.*»

Esa es la cosa; el país no los conoce, y ahí está el mal. Cuatro descamisados conocen en Madrid á Castelar, no sé si te acordarás de él, un catedrático que dicen que habla muy bien; de seguro á un tal Figueras, abogado, nadie le conoce en España, ni es conocido un periodista á quien llaman Pi; de suerte que no se concibe que pretendan esos menguados colocarse enfrente de los Rodríguez, y los Martínez, y los López.

Y como, según el mismo diario ministerial, las oposiciones solo tienen envidia, saña, vicio y miseria, el país las desprecia; porque, eso es otra cosa, conocerlas no las conocen, pero desprecianlas con toda su alma: ni el desprecio ha supuesto nunca conocimiento.

Yo no sé, en resumen, si, en efecto, los mismos carlistas habrán preparado el suceso—cosa que creo posible;—pero sospecho que, aun en este caso, para las oposiciones no habrá ganado mucho el gobierno. «En defensa de los carlistas, y aun contra los carlistas mismos, el gobierno debería haber hecho que se respetase el derecho.» Esto dicen muchos que están buscando ocasión para molestar y zaherir á los ministros.

Lo cierto es que el gobierno hizo cuanto estuvo de su parte.

Por la mañana se fijó un bando en las esquinas; ¿podía hacer más? Y por la noche se hizo el descubrimiento del hombre del gaban. Entre uno y otro hecho, entre la fijación del bando y el hallazgo del gaban hubo únicamente algunos cristales rotos: con que dime ahora si vale esto la pena de hacer tanto ruido. Si ocurre otra te avisaré...

(Por la copia.)

A. Sanchez Perez.

OTRO AL CANTO.

Nos sucede á los españoles lo que á aquel demente que se había propuesto acostumbrar su organismo á la falta de alimento.

El infeliz emprendió con fé el ensayo; á los tres días cayó enfermo; cuando hacia una semana que no comía, falleció extenuado y sin aliento.

«Vea Vd., decía un compañero de manicomio, ese era un sábio. Estoy seguro que llega á pasarse sin comer muchísimo tiempo si la fiera Parca no corta tan pronto el hilo de su vida.»

Esto nos sucede á los españoles, y con especialidad á los que vivimos en Madrid.

Teníamos un gobernador civil que valía un Perú; su influencia, su autoridad era ya desconocida de casi todos los madrileños; á nadie oprimía, nadie notaba que en Madrid hubiera tal gobernador, y cuando estábamos á punto de gobernarnos cada cual como mejor le pareciera, ¡paf! van y le quitan.

El tenía sus enemigos, ¿quién no los tiene? y estos enemigos engrudaban de uvas á brevas una esquina, plantaban en ella un impreso que empezaba con «Gobierno civil de la provincia,» y acababa con «Ignacio Rojo Arias, y allí le hacían decir... en fin, cosas que él no había soñado en toda su vida.

¡Las veces que dijeron los bandos que el gobernador pensaba reprimir con mano fuerte los excesos! ¡Las veces que le hicieron decir que la autoridad estaba preparada!

Pues, no señor, en lo que ménos pensaba él era en eso.

Y es que hay gente de mala intención que no repara en tirar por el suelo reputaciones cimentadas á fuerza de sacrificios.

¿Y en gramática? ¡Ah! en gramática le pusieron á veces al nivel de cualquier académico de la Lengua.

Me acuerdo que una vez decía en un bando que una cuadrilla habían acometido, etc., y el domingo pasado le obligaron á decir que si alguno buscasen pretexto, etc.

Calcule Vd.: ¿Cómo ha de hacer esas concordancias un gobernador? ¿Cómo ha de decir esas cosas ofensivas á la lengua española el más inofensivo de los gobernadores?

Y es que, como digo, hay gentes que, á trueque de desprestigiar una autoridad, son capaces de todo; sí, señor, de todo.

Pues bien; yo siento en el alma la dimisión del señor gobernador, entre otras cosas porque, ¡vaya usted á saber por quién nos tocará ahora estar gobernados!

Hemos tenido á Moreno Benítez, hemos tenido á Martos, hemos tenido á Rojo Arias, y hay que convenir en que nunca pudo ser más suave la mano de la autoridad.

Ellos tres han oído decir que aquella autoridad que ménos oprime al pueblo es la mejor, y los benditos parecían de papel de fumar, ó de algodón en rama. ¡Tan poco se los sentía!

Recuerde Vd. los atropellos del Casino carlista; los del teatro de Calderón; los de las redacciones de periódicos; los del día 2 de mayo; los del domingo por la noche.

¿Quién de Vds. notó en esas fechas que había en Madrid quien gobernaba? ¿Nadie? Pues esas son las buenas autoridades.

En fin, nos han acostumbrado de modo, que, hoy por hoy, y para seguir así, no sé yo que necesitemos gobernador de ninguna clase.

Pero si al fin ha de venir, venga, sea quien fuere; pero que sea flojito, que no lo notemos.

¡Da un gusto vivir así, confiando cada cual en sus propias fuerzas!

LAMELA.

ARMA VIRUMQUE CANO...

De los ilustres padres, que en la historia lauro inmortal, glorioso, consiguieron; y para dejar fiel una memoria del inmortal ejemplo que nos dieron, hoy canto las hazañas asombro de esta tierra y las extrañas.

¡Oh Jove soberano! ¡Númenes todos! la sonante lira haced vibrar con eco sobrehumano; y cante yo el asunto que me inspira con armonías tales, que olvidarles no puedan los mortales.

Del mes de junio (próximo el solsticio) un día nebuloso, que daba á los augures el indicio de algún conflicto grave y espantoso, hallóse frente á frente Mayus tonto con Minis imprudente.

Escaso de razones, largo de manos, Notedan chiquito monago ó sacristán de un nuevo rito: sin más explicaciones, una proposición con gran fiereza á Mayus arrojóle á la cabeza.

Este el golpe sañudo parar quiso con varias votaciones, que á manera de escudo llevar suele á las bélicas funciones; contestó á su adversario y trabóse un combate extraordinario. Los adalides serios lanzaban con las rápidas ballestas insultos y dicterios, como no oyeron rabaneras cestas, de las que en los mercados madrugones esquilman los soldados,

LOS POLÍTICOS.



NEO.

COMUNERO (segun los periódicos oficiales).

Agotadas al fin las provisiones de armas arrojadas, los *moquetes* sonaron en distintas direcciones, reemplazando a los dimes y diretes; creciendo el alboroto, que casi semejava un terremoto.

Neptuno y otros dioses pasteleros quieren intervenir; mas no responden a su intencion los combatientes fieros, y en un pastel católico se esconden; pues ningun Dios prudente quiere asustar a la devota gente.

¿Quién describe los múltiples combates de aquellos esforzados campeones, que sin servir café, té ó chocolates reparten excelentes mogicones? ¡Oh musa! esto suprime, que aun te falta cantar lo más sublime.

Al rumor de la lucha fratricida salió de su letargo el gran Tonante; y armado de sus rayos en seguida hácia aquel nuevo campo de Agramante lanzóse presuroso, ensayando un ¡*Quos ego!*! pavoroso.

¿Lo creereis? Tal de Némesis la saña inflamaba los pechos rencorosos, que a ellos de Jove fué la voz extraña; y por poco furiosos al *Inmortal divino* le borran como huella de un *Camino*.

Pan, Baco y otros dioses familiares le sacaron del riesgo que corria; pero con tantos dares y tomares, que el manto se rompió que al Dios cubria.

¡Quién ve con faz serena del padre de los dioses tanta pena!

Haciendo una mudanza a cada paso, Proteo en tanto, fiel a su costumbre, ya rie indiferente viendo el caso, ya lanza imprecaciones que dan lumbre; (pero esto por antojos de tomar a los *blancos* por los *rojos*.)

Cansados de luchar, con ciertas drogas

que prescribe una sábia conveniencia cuando ceden las armas a las togas, bebiéronse en raudales de elocuencia con muy gentiles modos las protestas que allí vertieron todos.

En tanto, *Llorias*, el pastor sencillo, ajeno a estas batallas y en sosiego, en su altura tocaba el caramillo, tranquilo apacentando su borrego; que a los varones justos no afectan de la vida los disgustos.

MICALÉ.

CÁRLOS RUBIO.

Nació a pelear con el mundo y de él salió invicto. Pelea fué cada paso suyo en la tierra: la pobreza, la debilidad física, las instituciones entronizadas en la patria: todo para él eran obstáculos; pero la fuerza indomable de la voluntad y la robustez del inflexible orgullo no le abandonaron.

La salud y la robustez física no iban a él y él se las atrajo con penosos y asiduos ejercicios gimnásticos; la memoria le era infiel y él la subordinó a sus necesidades excitándola, fatigándola, acostumbándola a servirle dócilmente; haciéndola sobrellevar largas tiradas de versos; largos párrafos de historia; encadenándola a sucesiones de hechos y fechas.

Necesitaba alimento, traje, libros... sobre todo libros.

El exíguo jornal que gana un periodista español cuando gana algo, lo empleaba Carlos en poemas é historias.

Después comía... ó no.

Todavía era mozo, cuando ya habia contraído el hábito de desafiar así las necesidades materiales.

Su placer era la lucha.

Aun no hace dos meses recibió un amigo suyo una carta de Carlos Rubio, en que le decia: «Quiero trabajar; pero no puedo salir de casa. ¿Quiere Vd. bus-

carne trabajo? Haré cuentos, novelas, artículos, lo que Vd. quiera.»

Aquel amigo corrió a buscar trabajo para Carlos Rubio, y a poco fué a decirle contento: «Trabaje usted en lo que quiera; ya tengo editor (1).»

Pero le encontró en la cama, ahogándose, sin fuerzas, sin poder levantar la cabeza; como muerto... y cuando más parecia que debiese anhelar el descanso, el infeliz repetia: ¡quiero trabajar!

¡Pobre Carlos! ¡Qué extraño modo el suyo de sobrenadar en la miseria!

¡Qué fé la suya! El haber triunfado de su debilidad física y de las vanidades del mundo, acaso le hizo creer que triunfaria de todas las preocupaciones y miserias y errores ajenos. ¡Grave error!

La sociedad no se tuerce por un ejemplo más ó ménos dado desde las regiones en que Carlos respiraba.

Un príncipe corrompe en dos dias a todo un pueblo con un sólo vicio: mil hombres como Carlos, con una larga práctica de virtudes, no hacen mella en un pueblo corrompido.

La esquila mortuoria decia: «Carlos Rubio ha muerto.»

Es decir: no un caballero de tres ó cuatro órdenes, no un comendador, no un quídam con honores de jefe de administracion, sino Carlos Rubio.

Allá al fondo de su féretro podian ser arrojadas multitud de baladíes cruces; pero sólo cayeron algunas lágrimas.

Los que no le habian visto en dias, en meses, en años, le contemplaban casi con asombro.

¡Muerto! pensaban. ¿Muerto? ¡Cómo es posible!

¡Ah! Yo pensaba bien distintamente: acordándome de que siempre habia logrado de sí mismo lo que se habia propuesto, no pude ménos de preguntarme una vez con horror: ¡Muerto! ¿Será que lo haya querido?

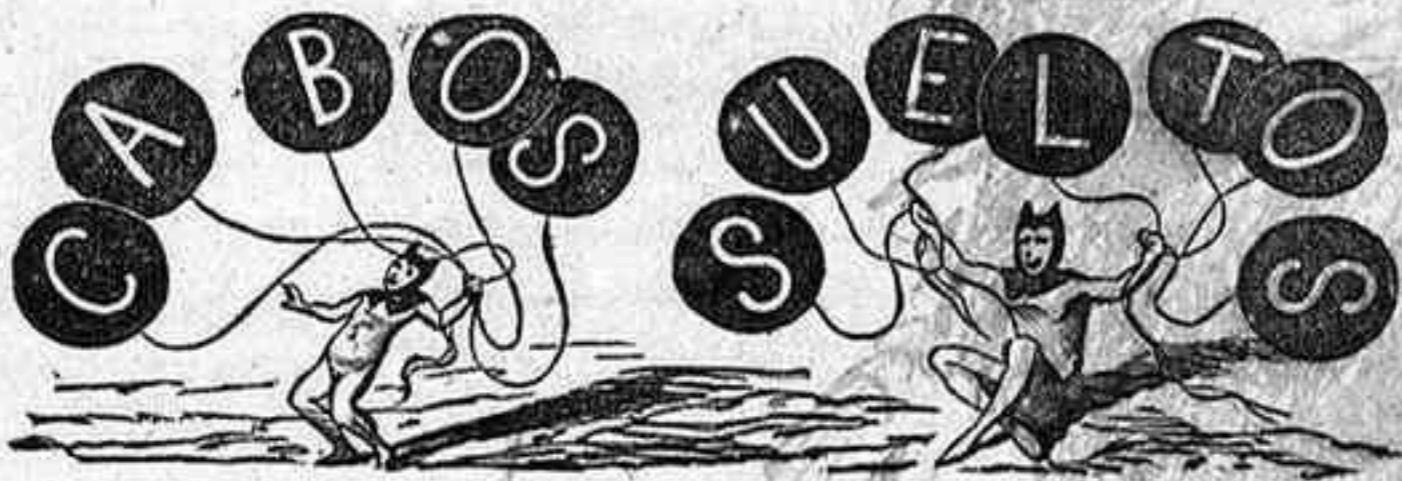
(1) El amigo se dirigió antes que a nadie a D. José Luis Albarada, quien se mostró dispuesto desde luego a aceptar de Carlos Rubio todo género de obras literarias.

Deseché aquella duda.

Procuré acordarme del comienzo de nuestra amistad y de los que entonces vivían a nuestro alrededor. Con esto recordé que todos los que han culebreado alrededor de las fracciones políticas, se fueron separando de nosotros, hicieron sonar su nombre en regiones entapizadas y doradas, se pudieron disfrazar de tres ó cuatro maneras distintas en las fiestas oficiales, esperan nuevos medros y uniformes más lucidos todavía...

Los comparé con Carlos, y le prefiero, muerto y todo.

GIL BLAS.



Además de la Exposición del Fomento de las Artes, hay otra.

La de los exclaustros de Palma, pidiendo al Congreso que les invente una fórmula de juramento, merced á la cual puedan jurar y cobrar.

¡Siempre anhelando los bienes celestiales!

En la calle de la Verónica notamos el domingo que no había una sola casa con colgaduras.

En cambio al entrar en la inmediata de San Pedro vimos un balcon cubierto con una colcha de percal, de cuya colcha colgaban un palo, unos zorros, una cartera de viaje, un pellejo de vino y algun otro objeto.

Aquella manifestación tenía todos los caracteres de la espontaneidad y de primitiva sencillez.

Al ver el ornamento de muchas casas de la calle Mayor, me decía un amigo:

—Aquí falta una cosa: Carteles anunciando la *Historia de los vicios, torpezas y crímenes de los papas*. Me lo hubiera comido á besos.

Hablando de las fiestas pontificias, decía el viernes un diputado que por ahora es neo:

«En los pueblos pequeños la alegría será grande.» Me acordé del calzado de las suripantas. El botito es pequeño; pero el pié...

Hemos recibido del señor director general de Propiedades y Derechos del Estado el anuncio para la subasta de las minas de Riotinto, que se ha de verificar el 30 de noviembre.

¡Qué sarcasmo! ¡Cómo si *Gil Blas* pudiera comprar minas!

En Cádiz se ha publicado un anónimo excitando al pueblo á que delire de catolicismo.

Su autor es tan humilde, que llama al pueblo de Cádiz pueblo *mío*.

Le pide un *rugido de fé y que muestre la cara, toda la cara*.

¡Oh casualidad!

También pide el duro del rico y el ochavo del pobre...

Todas esas manifestaciones concuerdan en pedir dinero.

Ya se ve: ¡es de dogma!

Lea Vd. este párrafo:

«Algunos se entregaron á graves excesos. Interpretando el Evangelio al pié de la letra, pretendieron realizar la igualdad sobre la tierra: quebrantaban en tumulto las cadenas de los esclavos, á quienes llamaban á ser partícipes de los bienes de sus amos; absolvían á los deudores, mataban á los acreedores, cometían todo género de violencias, y cuando cayó sobre ellos el rigor de la ley, muchos se suicidaban.»

¿Ve Vd. aquí á los comuneros de 1871?

Pues no señor: son los cristianos del siglo IV, de aquel tiempo sin petróleo en que todo era paz, orden, respeto á lo ajeno, santidad y olvido de cosas materiales.

Y puede Vd. leerlo más al pormenor en César Cantu. *Historia Universal*, época VII, cap. IV.

He dicho.

La comisión católica de Burgos, con motivo del XXV aniversario del pontificado de Pio IX, ha dirigido á aquellos fieles una sentida exposición.

Consta de seis párrafos, y en cuatro de ellos se les pide dinero para el Papa.

Se está procesando á un cura del partido de Roa por haber obligado á sus feligreses á que se arrodillaran cuando pasaba él en la procesion.

El juez dirá lo que quiera; pero en casos así más me cargan los feligreses que el cura.

El sábado por la noche el diputado católico de la orden de presbíteros, Sr. Fernandez, pronunció un discurso contra la libertad religiosa.

La libertad religiosa de los católicos recibió graves ataques el domingo.

¡Qué suerte de hombres!
Siembran hoy y cogen mañana.

El obispo de la Habana dijo hace poco en el Senado que era una dicha que el pueblo fuese ignorante. ¡Cómo bailaría de gusto el domingo al ver que la ignorancia rompía los farolitos!

En la calle Mayor vimos el domingo unas colgaduras que llevaban el siguiente rótulo:

PIX PIX PIX PIX.

Segun nos dijeron, esta inscripcion es un acertijo chino.

Una parte de la prensa ministerial discurre sobre el modo más suave y afectuoso de romper la conciliación.

Comprendemos la urgente necesidad del divorcio entre los ministeriales.

Al separar bienes y cuerpos, llévase cada uno de los cónyuges lo que aportó al fondo comun y vivan en paz.

Afortunadamente no tienen hijos.

El cura de Zarza de Tajo ha gritado desde el púlpito: ¡Viva el Padre Eterno!

Pero, hombre, si es eterno, él vivirá aunque no griten.

«Ni aquí, ni allí (decía el viernes Canga-Argüelles) ni en unos ni en otros bancos, en ninguna parte puede haber un diputado español que no sea recto, digno y noble.»

Pues me parece recordar de dos diputados monárquicos y católicos que fueron condenados á presidio por torcidos, indignos é innobles.

Fué por cosa de dinero, no por política.

Dice *Le Gaulois* que si en Francia se proclamase la república, los príncipes de Orleans la aceptarían, y hasta cualquiera de ellos aceptaría el ser presidente.

En cambio, si se proclamara el orleanismo, los republicanos no lo aceptarían.

Son unos egoístas.

Dice un periódico que la herida que recibió el señor Camino el viernes en el Congreso «no tiene importancia, y es más bien un arañazo que debió hacerse.»

En todo caso será un arañazo que *no debió* hacerse.

Se ha inaugurado en Nueva-York la estatua del inventor del telégrafo.

Nosotros tenemos la de Carlos II.

En Granada el ayuntamiento no pagaba á los serenos.

Estos pícaros, que por lo visto pretenden comer como si fueran personas decentes, tuvieron la avilantez de reclamar lo que se les debía: ¡tunantes!

El alcalde, en uso de sus atribuciones, se negó á pagarlos y... los destituyó.

Bien hecho.

Si no se pone coto á esos desmanes, habrá día en que cualquier pobretón pida el precio de su trabajo, so pretexto de que lo necesita para sostener sus obligaciones.

¡Ya no hay clases!

El plomo que estaba cubriendo la estacion del tram-via ha sido robado.

La empresa no gana para sustos.

Y despues... no parece sino que los malhechores se empeñan en desprestigiar el gobierno monárquico.

¡Infames! ¿Por qué no se habrán ido á Paris?

Sagasta es cruel.

Despues de los sucesos del domingo todavía pregunta á los católicos por qué no ha salido la procesion.

¡Válgame Pio XI! ¿Será cierto que los aporreadores tenían preparado un novillo?

—Diga Vd.: ¿es verdad que el viernes parecía el Congreso la torre de Babel?

—Hombre, no: en la torre de Babel se hablaron diversas lenguas; pero no se dieron diversos sopapos.

¿No lo dije? El orden renace en Francia. Ya está Offenbach en Paris.

El ayuntamiento de Barcelona ha iluminado su casa para celebrar el XXV aniversario de Pio IX. Ha querido dar una muestra de sus luces.

Todas las casas que en Madrid aparecieron iluminadas el domingo lo estaban con farolitos. Así se podrá decir que hubo una manifestación sin-cera.

—¿Hombre, qué diez mil duros son esos desfalcados de un establecimiento público? ¿Cuáles han de ser? Los que no parecen.

La Regeneracion recuerda que la Iglesia católica ha tenido 42 anti-papas. Pues si no llega á ser de origen divino... Figúrese Vd.

El citado periódico dice también que el último anti-papa fué un Amadeo, duque de Saboya. Como quien dice: ¡Ojo al otro! Me encantan las bellezas del catolicismo.

La Asociación católica de Ciudad-Real anuncia también que al celebrar el XXV aniversario de Pio IX, entre otros regocijos, se pedirá dinero á los fieles en dos distintos sermones y se les pondrán bandejas en todas las iglesias.

Esos fieles dicen en su alocucion que el papa propaga la pureza de la ley con usura en los países remotos.

Sí, en efecto: con demasiada usura.

Continúan enmarañados los asuntos palaciegos. Así se principia.

Con treinta y ocho votos de mayoría, el gobierno se halla muy próximo á caer. Así se concluye.

Los diputados carlistas pidieron protección á la autoridad para la función religiosa del domingo.

La autoridad prometió protegerla, y sin embargo, la fiesta no se llevó á cabo.

Comprendo bien lo último; pero no comprendo lo primero.

Si la promesa del gobierno bastaba, ¿por qué no salir?

Si no bastaba, ¿para qué solicitarla?

Señores, seamos serios: unos y otros, que aquí nadie se mama el dedo.

Ya no hay duda: treinta y cinco mil mozos sorteables ingresarán en el ejército arrancados al seno de sus familias.

¡Viva la familia!

A LOS FALTOS DE PELO.

Aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial, privilegiado.



Es el único específico reconocido y suficientemente acreditado en el período de diez años, para hacer salir el pelo sin peligro ni molestias en calvas recientes ó inveteradas. Muchas personas que lo usan declaran que todo lo que digan los diarios es poco, comparado con sus felices resultados. También contiene su caída, oculta y precave las canas, y extingue las costras, caspa y erupciones.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de las cinco partes del mundo. Se vende á 6, 12 y 18 reales.

les frasco inglés, en la calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5 (vidrieras verdes), Madrid.

No es legítimo el que no lleve mi prospecto y etiqueta firmada, y en el vidrio grabado mi nombre y señas de estas casas, pues hay falsificadores.

Nota.—Vendemos el admirable Café de Bellotas á 8 y 12 rs. caja de una libra, y la famosa Agua del Parnaso, superior á la de Colonia, á 8 rs. frasco y 36 rs. botella de dos cuartillos.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.